

Yo no sé si será exacto el Estado que presenta Bulnes, ni sé con qué datos oficiales lo formaría; no inspiran mucha confianza las cifras del Sr. Bulnes.

Mas suponiéndolas ciertas, vemos que el Sr. Bulnes da á Uraga 10,000 hombres sin designar el punto en que estaban.

Pero sí se le escapa apuntar que Doblado tenía 4,000 hombres; yo sí sé que parte de esa fuerza estaba en Guanajuato y parte, una brigada, estaba situada en Ajuchitlán, Estado de Querétaro, conteniendo á las fuerzas reaccionarias de Mejía.

Según Bulnes la división de González Ortega era de 3,000 hombres; estaba en Zacatecas: en Jalisco había 3,000, en Matamoros tenía 1,000 Cortina, en Tamaulipas Carvajal y Pavón tenían 1,500, las fuerzas de Oaxaca eran de 4,000 hombres, en Sinaloa mandaba García Morales 1,500, en Monterrey se encontraban 800, en Sonora 2,000, en Chihuahua 1,500, en la Huasteca 2,000, en Tabasco y costas de Barlovento y Sotavento 1,500 y D. Juan Alvarez mandaba 1,800 en Guerrero.

No hago mención de la brigada Rojas, porque el Sr. Bulnes no sabe, porque nada sabe, que esa brigada desde principios de 1863 se dispersó en el Monte de las Cruces, cuando la obligaban á marchar á Oriente, donde no quiso ir.

Tampoco menciono la brigada de Negrete que apenas comenzaba á organizarse en San Luis Potosí en los últimos días de Diciembre.

Ahora bien, conocida ya la distribución de las fuerzas republicanas cuando abrieron los franceses la campaña del interior, vamos á estudiar el proyecto del Sr. Bulnes.

Y lástima es que este Señor ingeniero no conozca el mapa de la República, y, por lo mismo, no podrá decirnos en qué punto de ésta colocaba á ese General á quien el Sr. Juárez debió dar el mando *unicéfalo* de todas las fuerzas antes mencionadas.

Porque cuantos hayan leído el libro del Sr. Bulnes, los que me hagan la honra de leer el presente y yo, como todos somos unos salvajes, según nos hace el favor de calificarnos el Sr. Bulnes, no podemos comprender cómo un General podía mandar, mover y hacer maniobrar, *simultáneamente*, á tropas situadas unas en Sinaloa, otras en Tamaulipas, otras en Tabasco, otras en Guerrero y otras en la Huasteca.

¿Por partes telégraficos? ni se mandan así tropas dispersas á cientos de leguas de distancia, ni entonces había la red telegráfica que hay ahora, ni se había inventado la telegrafía sin hilos, ni era todavía un gran táctico el Sr. Bulnes, único capaz de tener ese mando *unicéfalo* ó *acéfalo*, que era lo que de seguro resultaba.

Ya lo dije antes: el Sr. Bulnes, al juzgar un hecho histórico lo estudia aisladamente, no percibe la concomitancia de ese hecho con los demás hechos contemporáneos y desprecia el medio ambiente en que se realizó.

Esta carencia absoluta de un criterio generalizador, es lo que hace del Sr. Bulnes un pésimo crítico y un razonador detestable, que encubre sus deficiencias intelectuales con sofismas, paradojas y frases retumbantes, rebuscadas y de sensación.

Así se explica el magisterio con que hace al Sr. Juárez el cargo insensato de que Juárez no dió el mando de todas las fuerzas organizadas en 1863 á un sólo General.

El Sr. Juárez no era soldado, y tuvo, sin embargo, la hábil, la prudente atingencia de crear el mando *policéfalo* en 1863, porque así lo exigía entonces la situación política de la República.

Porque sólo un disparate, entre los innumerables que dice, le faltó al Sr. Bulnes, estampar en esa parte de su libro: querer reunir en un punto del interior las fuerzas existentes en todos los Estados de la República.

Supongamos que el punto de reunión, en 1863, designado por el Sr. Bulnes para esa concentración de fuerzas, era San Luis Potosí, residencia del Gobierno republicano.

¿Cuánto tiempo hubieran empleado para llegar á San Luis Potosí las fuerzas de Guerrero, de Tabasco, de Yucatán, de Campeche, de Sinaloa y de Sonora?

Eso nos lo podrá decir el Sr. ingeniero militar D. Francisco Bulnes con una precisión matemática.

Los que no somos ingenieros ni tácticos, decimos que para esa concentración se habrían necesitado muchos días y muchos meses, y que no habría llegado á realizarse, con todo y las prevenciones del acéfalo Sr. Bulnes, porque el ejército francés rápidamente la habría impedido ocupando como ocu-



pó á Querétaro, Guanajuato, San Luis y todas las ciudades del interior.

Además, y en otro capítulo lo indiqué ya, el Sr. Juárez no podía desarmar á los Estados llenos de guerrillas reaccionarias, que habrían ocupado las Capitales sometiéndolas á la intervención y al imperio.

El plan de mando del Sr. Bulnes unicéfalo, acéfalo ó como se llame, no sólo es disparatado, sino que, si se hubiera realizado, con él era imposible la resistencia y el triunfo del imperio habría sido más rápido y decisivo.

Tampoco pudo el Sr. Bulnes pensar en una concentración de los 45,800 hombres que en 1863 supone que había repartidos en los Estados, porque esa concentración sólo podía hacerse para dar una gran batalla á los franceses; y el Sr. Bulnes dice muchas veces en su libro que era imposible ofrecer una batalla campal á los franceses, porque nuestras tropas indudablemente que serían derrotadas.

¿Para qué era, pues, ese General en Jefe de todas las fuerzas nacionales que con tanto imperio reclama Bulnes al Sr. Juárez?

El autor del libro no lo dice, porque deja trunco su plan de campaña como trunca todo, datos oficiales, documentos públicos y notas diplomáticas.

Hace bien; si no procediera así, no tendría un solo comprobante de las inculpaciones que dirige al Sr. Juárez.

Queda, pues, demostrado que lo que el Sr. Bulnes llama mando policéfalo, era indispensable en 1863, porque desde entonces el Sr. Juárez organizaba ya la guerra de guerrillas, antes de que Bulnes se lo ordenara y sólo porque tenía la conciencia de que nuestras tropas de reciente formación, mal armadas y sin disciplina, no podían batirse ventajosamente con el magnífico ejército francés.

Y esa unidad de mando que en su miopía intelectual no alcanza á ver el Sr. Bulnes, la había donde debía estar, en un Ministro de la Guerra que siempre tuvo el Sr. Juárez.

Esos Ministros de la Guerra, porque hubo varios, no eran técnicos tan profundos como el Sr. Bulnes, pero llenaron su misión y cumplieron con su deber.

Ir marcando en el libro que refuto renglón por renglón y párrafo por párrafo todos los absurdos que asienta el Sr. Bulnes, las inexactitudes históricas en que incurre y las contradicciones en que incide, es una labor que reclamaría escribir no un tomo, sino muchos tomos.

He aquí por qué al rebatir el capítulo intitulado el *período agónico*, voy á limitarme á señalar lo más insensato que hay en él y á refutar las injustas acusaciones que contiene contra el Sr. Juárez y contra los principales caudillos de la segunda guerra de independencia.

Después de condenar el Sr. Bulnes el mando policéfalo, hace una narración de los desastres que sufrió la República y de las derrotas de las fuerzas nacionales.

Esas derrotas y esos desastres, por desgracia, fueron ciertos, nadie los ignora, y están consignados tanto en las incompletas historias mexicanas, como en las apasionadas y jactanciosas escritas por los franceses.

Pero lo que indigna, lo que hace sublevar el espíritu patrio, es la complacencia, el deleite con que Bulnes habla de esas derrotas, presentándolas como hechos heroicos, brillantes, gloriosísimos, del ejército francés y como actos de cobardía de los mexicanos.

Para mengua de Bulnes, copio en seguida un párrafo de su libro que dice:

"Todo el centro poblado del país estaba en poder del "enemigo, sin que las grandes masas de fuerzas republicanas hubieran defendido el territorio, si no *con brío, al menos con pundonor*."

¿Cómo sabe eso el Sr. Bulnes? ¿Consultó los partes de los jefes mexicanos ó las noticias siquiera de nuestros periódicos?

No; el Sr. Bulnes se inspira en los historiadores franceses, sobre todo en el más fanfarrón, el más procáz, el más jactancioso de ellos, en el capitán Loizillon, el espía de Napoleón III.

El Sr. Bulnes que dice en su libro que de mil partes militares de una batalla apenas uno es cierto, toma como verdades dogmáticas las gasconadas de Loizillon.

Sorprende esta fe ciega de Bulnes en el menguado capitán francés, cuando en el estilo de éste se revela el odio que



profesó á los mexicanos y la petulancia con que exagera el valor de los franceses y sus hazañas militares.

El Sr. Bulnes debió haber leído en el libro de Loizillon la manera como cuenta éste uno de sus hechos militares, en una pequeña empresa que se le encomendó y á la que da proporciones homéricas, hasta lo risible.

Con sólo leer esa narración se califica al capitán historiador, cuyas cartas familiares convierte Bulnes en documentos históricos irrefutables.

El pequeño capitán durante la guerra de intervención se ocupaba en escribir á sus parientes, pobres patanes del campo, las victorias épicas que él alcanzaba con su indómito valor, y las que alcanzaban las tropas francesas sobre los cobardes mexicanos.

Esas cartas hacían sensación en el pueblo natal de Loizillon y eran leídas por el cura en la tertulia de la botica de la población, y admírese el Sr. Bulnes, llegaban de una manera misteriosa á manos de Napoleón III, que tenía empeño en saber lo que pasaba en México por informaciones privadas, mas bien que por datos oficiales.

Y eso debió saberlo el Sr. Bulnes que tanto ha leído á Gaulot, que es quien cuenta que Loizillon era una especie de espía de Napoleón.

En la página 186 del *Fin d'Empire* de Gaulot se lee lo siguiente:

"El Emperador de los franceses había tenido conocimiento, varias ocasiones de cartas escritas por oficiales superiores en México; lejos de desdeñar tales datos, más bien los buscaba. Se ha visto que en su correspondencia con el Mariscal solía citar extractos de estas cartas; *lo había hecho con las del capitán Loizillon sin nombrarlo*, y con las del General Félix Donay nombrándolo."

Esta es la autoridad en que se apoya Bulnes para insultar al ejército republicano; si me ocupo de un capítulo intitulado *El desprecio francés*, verá el lector el estilo que usa el miserable Loizillon y así estimará la fe que merece un soldado grosero, brutal y apasionado.

Y Loizillon es la boca de ganso que sirve á Bulnes para desahogar el intenso tedio que profesa al Sr. Juárez y á los

republicanos que con tanta abnegación combatieron por la independencia.

Elude Bulnes la responsabilidad del insulto, no emitiéndolo sino insertando la suma de insultos que á México prodiga el gascón Loizillon.

Y si no es esto ¿á qué fin copiar esos irritantes párrafos del grosero capitán?

Para contar las derrotas de los mexicanos no era preciso insultar por boca ajena, y aun propia, á los vencidos.

Porque no es cierto, como dice Bulnes, que los republicanos no hayan defendido el territorio con brío y con pundonor.

Con el bombástico estilo que le es propio dice Bulnes que:—"Don Tomás Mejía ocupó la plaza de San Luis, cedida cobardemente por la división Negrete, y este jefe para reparar su debilidad atacó la plaza que acababa de ceder, haciendo brillar una impericia digna de su nombre, y fué completamente derrotado."

Nada de esto es cierto; mas como al Sr. Bulnes sólo le merecen crédito los extranjeros, vea la página 346 de la obra de Niox, donde se lee lo siguiente:

"El Presidente Juárez dejó en esta ciudad á la División Negrete, *cuyo efectivo era poco importante*."

Ya vé el Sr. Bulnes por qué abandonó Negrete á San Luis Potosí; y sepa lo que ignoró Niox, que á Negrete llegaron noticias exageradas sobre el número de fuerzas que tenía Mejía.

En San Luis Potosí había muchos imperialistas, por estar la ciudad llena de comerciantes españoles; y los partidarios del Imperio hicieron correr la voz de que Mejía avanzaba con una división compuesta de muchos miles de hombres.

Niox dice que Mejía ocupó á San Luis con 2,500 hombres y una batería de montaña; pero Niox es un capitán de Estado Mayor que, como el Sr. Bulnes, no sabe lo que dice, porque olvida lo que aseguró antes.

Algunas páginas antes, hablando de las fuerzas que Bazaine iba á hacer la campaña del interior dice que la división de Mejía estaba compuesta de seis batallones y seis escuadrones; y estos dan un efectivo de más de cinco mil hombres.

Y esa fué en efecto la fuerza con que Mejía llegó á Que-



rétero en Noviembre de 1863, pasó después á Guanajuato y avanzó al fin á San Luis Potosí.

Dice Niox: . . . . . " sin embargo, el 27 de Diciembre Negrete reforzado por tropas venidas de Zacatecas, intentó una *vigorosa revuelta ofensiva* con casi cinco mil hombres y nueve piezas de artillería. Atacó á San Luis por tres puntos y penetró al centro de la ciudad; en este momento una carga feliz de la caballería enemiga rechazó al enemigo. . . . . etc."

He aquí desmentida la aseveración del Sr. Bulnes: los soldados de la república, á pesar de las derrotas no perdieron su brío, y se batían con pundonor defendiendo el suelo de la patria.

No se había entibiado el ardor en la defensa nacional, á pesar de que el plan de campaña adoptado por el Gobierno era la retirada general, para conservar elementos de guerra con que prolongar la resistencia.

Bulnes acusa á las fuerzas republicanas de falta de brío y de pundonor, omitiendo pérfidamente el brío y el pundonor con que fueron atacadas las plazas de Morelia y San Luis Potosí; y dice que habían caído en poder de los franceses las principales ciudades del interior en el brevísimo plazo de Noviembre de 1863 á 6 de Enero de 1864.

Y en seguida, sin precisar fechas, menciona las derrotas que sufrieron los Generales Doblado, González Ortega y Patoni y la sumisión de algunos jefes y oficiales, como si estos hechos hubiesen acontecido de Noviembre al 6 de Enero, es decir en dos meses 6 días.

El Sr. Bulnes intencionalmente omite la fecha de esas derrotas que tuvieron lugar en el último tercio de 1864.

El 17 de Mayo de 1864 tuvo lugar la batalla de Matehuala en la que fueron vencidas las tropas del Gral. Doblado, no por cobardía de éstas sino por uno de tantos accidentes de la guerra.

El Sr. Juárez había en parte reformado el ejército mexicano en los Estados del Norte y dispuso que se atacaran simultáneamente los puestos avanzados de los intervencionistas del lado de Zacatecas y de San Luis Potosí.

Desgraciadamente una correspondencia del Gobierno fué

interceptada y Bazaine se preparó á rechazar los ataques de los constitucionalistas.

En virtud del plan convenido, el General Doblado marchó sobre la división de Don Tomás Mejía, que ocupaba Matehuala.

A la vez, el Coronel Aymard, Comandante superior de San Luis, marchó en auxilio de los traidores con nueve compañías del 62 de línea, un escuadrón de cazadores y tres secciones de artillería.

El General Doblado, que ignoraba este movimiento de los franceses, en la mañana del 17 de Mayo de 1864 llegó frente á Matehuala, encontró á las fuerzas de Mejía parapetadas tras de las cercas que rodean la ciudad, las atacó y aunque hicieron tenaz resistencia, comenzaba á desorganizarlas, cuando llegó la columna francesa avanzando rápidamente.

Carabajal pudo detenerla con su caballería, pero los guerrilleros huyeron; las tropas de Doblado fueron flanqueadas á pesar de que la artillería mexicana destruyó la columna de Aymard.

Después de cinco horas de combate se pronunció la derrota de los republicanos y Doblado se retiró con algún desorden perdiendo su artillería y parte de sus equipajes, pero salvando su reserva.

Cuanto acabo de referir, puede verlo el Sr. Bulnes en la página 371 de la obra de Niox.

Y para que los lectores aprecien lo poco que vale como historiador Niox, reproduzco lo que dice este autor refiriéndose al fin de la batalla:

« No se supo el número de los muertos y heridos (se entiende de los republicanos), los franceses perdieron *cuatro* hombres muertos y *cuarenta y cinco* heridos; los mexicanos *« aliados treinta y dos* muertos y *ochenta y siete* heridos. »

¡Admirables son estos franceses! Aymard quedó dueño del campo y no supo cuántos muertos y heridos tuvieron los republicanos; sin duda esos heridos, aun los graves, y los muertos, corrieron á unirse con las fuerzas que se retiraron, y nadie quedó en aquel campo ensangrentado.

Pero si supo Aymard que su columna, sobre la cual se concentraron los fuegos de la artillería de Doblado, sólo tuvo *cuatro* hombres muertos; de dos cosas una: ó los cañones



republicanos tiraban con balas de algodón, ó los franceses eran invulnerables.

Es verdad, como dice Bulnes, que en el Cerro de Majoma la división del General Patoni sufrió una grave derrota por un número menor de franceses; pero á pesar de que las fuerzas republicanas estaban formadas por reclutas, se batieron con brío y con encarnizamiento hasta que perdieron su artillería.

En cambio los franceses tuvieron muchas y graves pérdidas, entre ellas la de su jefe el coronel Martin.

Y después de haber perdido sus mejores posiciones, los mexicanos se retiraron sin ser perseguidos, salvando Sánchez Ochoa el resto de la artillería.

Esas fuerzas se disolvieron después por la dispersión, por el cansancio, por el hambre y por la falta absoluta de todo género de recursos.

El laconismo con que el Sr. Bulnes menciona esos dos desastres, citándolos como muestras de la cobardía y poco pudor de los mexicanos, me ha obligado á dar algunos detalles de esas batallas en las que la victoria fué del enemigo y el honor para los republicanos que no temían combatir sin elementos y con reclutas contra el ejército francés disciplinado, veterano y surtido de magníficos elementos de combate.

El Sr. Bulnes, partidario de los franceses, es más papista que el Papa.

El odio que Bulnes profesa á los mexicanos no quedó harto con llamarlos cobardes; y quiso tacharlos de traidores.

Cuenta que Cortina se sometió al Imperio con mil hombres en Matamoros y que Juan José de la Garza con ochocientos hizo lo mismo en Tamaulipas; que el General Cravito en la sierra de Huachinango se sometió á la Intervención con todas sus fuerzas, haciendo lo mismo Antillón en Guanajuato.

Y no se comprende por qué censura Bulnes esas sumisiones cuando los mencionados jefes no hicieron más que ejecutar el plan de campaña que cuarenta años después había de inventar el Sr. Bulnes: *simular la pacificación*.

Esos jefes rodeados por fuerzas muy superiores, frecuentemente derrotados, ceñidos á operar en un limitado territorio y agotados todos los recursos en un suelo asolado y empobrecido, y cuyos habitantes pedían descanso y paz, se vieron obligados, no á reconocer el imperio, sino á capitular bajo condiciones muy honrosas.

Y así lograron permanecer en los lugares donde ejercían poderosa influencia, escondiendo en los montes, como quiere el Sr. Bulnes, el armamento y municiones con que más tarde se levantaron á combatir por la patria, cuando hubieron reunido nuevos elementos de combate.

Por último, esos Jefes no tomaron las armas contra la República y á favor del Imperio; no fueron traidores.

Dice Bulnes que también se sometieron con sus tropas Vidaurri y Quiroga en Nuevo León.

Sigue el Sr. Bulnes dando muestras de su profunda ignorancia en historia contemporánea de México; es que la estudió mal y de prisa en las obras de Niox y Loizillon.

Vidaurri no se sometió en Nuevo León ni entregó fuerzas al imperio; ya conté cómo se fugó de Monterrey á Texas; después se presentó al Imperio.

Quiroga quedó en Monterrey á las órdenes del Sr. Juárez, pero aliado secreto de Vidaurri: amenazado por la invasión francesa, el Sr. Juárez salió de Monterrey algunas horas después que las tropas republicanas.

Entonces fué cuando Quiroga se pronunció por el imperio; con un grupo de caballería atacó la escolta del carruaje en que iban el Sr. Juárez y sus Ministros.

La escolta resistió el ataque hasta que retrocedió una fuerza de Guanajuato en defensa del Gobierno; entonces huyó Quiroga y más tarde apareció en las filas de los traidores.

« La Regencia, dice Bulnes, disponía de dinero con abundancia para todos sus gastos, y era la primera vez que se pagaba á todas las clases dependientes del erario con esplendidez y puntualidad. El llamamiento de Almonte, tan generoso como corruptor, no quedó desairado. Los jefes y oficiales del ejército republicano se desbandaban de sus filas para presentarse por pelotones, por batallones, por brigadas, á recibir el *pan caliente* de la intervención. *Los prin-*